SIGLO 9º.

PRINCIPIO DEL FEUDALISMO.

SUMARIO.

—

Los Francos.—Carlomagno, emperador (800-814).—Ludovico Pio (814-840). Desmembración del imperio (843).—Carlos el *Calvo;* origen de la Francia moderna (840-847).—Reyes de Francia desde la muerte de Carlos el *Calvo* hasta fines del siglo 9º (877-898).

El Feudalismo.—Origen del feudalismo.—Su esencia.—Su predominio sobre la monarquía.—La sociedad feudal.—Consecuencias del feudalismo.

El Islamismo en Oriente y Occidente.—El califato de Bagdad desde la muerte de Harún al-Raschid hasta Motadhed (809-902).—El califato de Córdoba en el curso del siglo 9º.

España.—El reino cristiano de Asturias durante el siglo 9º.—Formación de nuevos Estados cristianos: reino de Navarra (891) y condado independiente de Barcelona (874).

Inglaterra.—Egberto el *Grande;* fin de la *Heptarquía* (827).—Reinado de Alfredo el *Grande* (871-901).

Imperio de Oriente.—Sucesores inmediatos de Irene (802-820).—La dinastía frigia (820-867).—La dinastía macedónica; Basilio y León el *Filósofo* (867-911).

Rusia.—Fundación del imperio ruso; Rurik (862-879).

Hungría.—Los *húngaros-magyares;* su establecimiento en los países del Danubio y del Theiss (806).

Bohemia.—Borzivoy, primer duque cristiano (894).

La Iglesia.—Principio del cisma de Oriente; Focio (857-891).

LOS FRANCOS.

CARLOMAGNO, EMPERADOR (800-814).—El rey de los francos, con su nuevo carácter de emperador de Occidente, pretendió ejercer su dominación, más sobre una comunidad religiosa y eclesiástico-moral que sobre una comunidad política y civil.

El vasto imperio de Carlomagno comprendía todas las Galias,

Alemania, la *Marca* de España que llegaba hasta el Ebro, Italia hasta Benevento, las islas de Cerdeña, Córsega y las Baleares en el Mediterráneo que siempre le disputaron los árabes, y una parte considerable de la antigua Panonia. A fin de poder gobernar todos los países de su anchurosa monarquía, Carlomagno envió á ellos delegados imperiales *(missi dominici)* entre cuyas atribuciones era una de las principales cuidar de que los poderosos no atropellaran impunemente á los pobres. En 804 pudo terminar Carlomagno la guerra contra los sajones que había durado treinta y tres años, habiéndose cometido en esta dilatada lucha toda clase de crueldades por los francos y su poderoso jefe. Otras campañas hubo de sostener Carlomagno, ya para ensanchar más sus dominios, ya para rechazar las agresiones de los pueblos vecinos; también se ocupó en fortificar las costas septentrionales de su imperio amagadas por los *normandos.* Murió el famoso emperador en Aquisgrán (Aix-la-Chapelle) á principios del año 814, á los 71 de su edad, y con él terminó la grandeza de la raza *carlovingia.*

El vasto imperio que rigió Carlomagno se sostuvo todavía durante algunos años, pero el principio de disolución que llevaba en su seno no tardaría en desmembrarlo. Con la conquista de la corona longobarda y la adquisición de la dignidad imperial, con el aumento que tuvo el reino de los francos en virtud de la anexión de los sajones, y por último, con la agregación de otros pueblos y razas, la extensa monarquía era un conjunto político, falto de unidad y de cohesión, que sólo pudo marchar guiado por la robusta mano de Carlos. Bajo el régimen de sus débiles sucesores, las diversas naciones que formaron el imperio romperían fácilmente el lazo que los había atado impidiéndoles marchar por su senda respectiva.

Este resultado, sin embargo, no mengua los méritos de Carlomagno que se alza como un coloso en el primer tercio de la Edad media, y que representa la fuerza vigorosa y fecunda, necesaria para transformar los rudos organismos políticos creados por las invasiones en Estados poderosos que llevarían en germen la mayor cultura de una nueva época.

"Carlomagno-dice su contemporáneo y biógrafo Eginardo-era de constitu-"ción robusta é imponente, su estatura era siete veces la medida de su pié; su "cabeza era redonda, con ojos muy grandes y mirada viva; la nariz excedía un "poco la medida usual, y la expresión de su cara era alegre. Su cuello era corto "y grueso, su vientre prominente; pero estos defectos desaparecían ante las bue-

"nas proporciones de los demás miembros. Su paso era firme y toda su presencia "varonil; su voz clara, aunque no tan fuerte como hacía suponer su estatura. "La equitación, la caza y la natación eran sus ejercicios habituales, conforme la "costumbre de su raza, y á Carlos no ganaba nadie en ellos."

El triple aspecto que presenta la misión de Carlomagno como conquistador, monarca y legislador, exige extensas reflexiones que no cuadrarían con los límites ni con la índole de esta obra. Baste á nuestro plan exponer someramente las que son indispensables para apreciar la importancia histórica del grande emperador.

Sus conquistas indican más que ambición el desarrollo de un vasto y grandioso plan, enderezado á contrastar las invasiones de nuevos pueblos que hubieran puesto en gravísimo peligro á la obra comenzada hacía tres siglos; y es indudable que su espada vencedora contuvo por el Occidente nuevas irrupciones de los mahometanos, y por el rumbo opuesto domeñó á los sajones que amenazaban la existencia de la monarquía franco-romana, sin que por esto se lave su memoria de las manchas de sangre, tan abundantemente derramada por él en su larga contienda con esos pueblos germánicos. Más difícil es valorar la trascendencia de su obra como monarca del dilatado imperio que formó en el centro de Europa: antes de asumir el título y las funciones de emperador, y considerado tan solo como rey de los francos, Carlomagno se esforzó en disipar las densas brumas que envolvían á la sociedad de su época y en asegurar á sus súbditos los beneficios de un gobierno paternal, celoso del bienestar público. Amó, pues, y protegió á todo el que manifestaba un talento distinguido; fundó escuelas, estimuló el saber, puso singular esmero en que los vencedores apreciasen las ciencias, y en su misma corte fundó una academia de la que él mismo era miembro y que contaba en su seno al inglés Alcuino, á Pedro de Pisa y á Pablo Warnefrido historiador de los lombardos. En cuanto al orden material, mandó construir nuevos caminos, cuidó de la reparación de los ya existentes, ordenó que se edificasen puentes, y con el propósito de favorecer al comercio concibió el gran proyecto de unir al Océano con el Mar Negro por medio de un canal que juntase las aguas del Rhin con las del Danubio. Después de su exaltación al imperio continuó con el mismo ardor sus nobles y fecundos trabajos, pero en el orden moral y político hizo sentir las consecuencias de la inteligencia que dió á su nueva investidura: creyéndose revestido de un poder más que temporal, teocrático, procuró afirmarlo con todas sus fuerzas, y sólo alcanzó debilitar la autoridad civil y preparar las luchas que estallarían en lo sucesivo entre los dos poderes, el temporal y el espiritual.

Las *Capitulares*, leyes así llamadas porque están divididas en capítulos,

dan una ligera idea de la legislación de Carlomagno. El compendio incompleto que de ellas ha llegado hasta nosotros revela, sin embargo, el carácter del hombre que las dictó, y éste se manifiesta más que como soberano cual si fuera padre de sus súbditos. La legislación de Carlomagno, dictada por él con el concurso de los barones y los eclesiásticos reunidos en las asambleas generales de los francos abrazaba desde la constitución complicadísima del imperio y el estado de las personas hasta los detalles más triviales de la economía doméstica de sus súbditos. En resumen, puede decirse de Carlomagno que la pasión de las cosas grandes le perteneció en un todo, así como la fuerza de carácter que hace al hombre capaz de ejecutarlas.

Las asambleas de los francos que se celebraban en Marzo de cada año desde la época de los *merovingios*, fueron convocadas por Carlomagno en el de Mayo, y de ahí su nombre de *Campos de Mayo*. También se congregaba otra en el otoño, y en ella se discutían las capitulares ó leyes presentadas por el emperador, y sus miembros al aprobar repetían tres veces la palabra *placet*. Los nobles, los altos dignatarios de la Iglesia y los más elevados funcionarios del imperio formaban esas asambleas, que sólo eran un medio de gobierno para el monarca, y nó la representación legal del pueblo franco en el sentido que hoy se da á las asambleas legislativas.

LUDOVICO PIO, emperador [814-840).—Desde el año 806 Carlomagno había ordenado que se dividiera el imperio entre los tres hijos que tenía de la reina Hildegarda, una de sus cuatro esposas sucesivas. La muerte de los dos mayores frustró los proyectos del emperador, quien nombró heredero suyo en todos sus dominios á su hijo superviviente Ludovico [Septiembre de 813). A la muerte de Carlomagno, acaecida algunos meses después, Ludovico llamado el *Pío* y el *Devoto*, fué reconocido sin dificultad emperador y rey de los francos, y el papa Esteban V le ciñó en Reims la corona imperial, con cuya ceremonia se afirmó Ludovico en la idea que se había formado de su misión de soberano, la cual hacía consistir en auxiliar con todas sus fuerzas á la Iglesia, y en poner al servicio de ésta todos los derechos del Estado.

El triste reinado de Ludovico, víctima de sus debilidades, de su misticismo y de su política incierta y vacilante, fué una época fecunda en desgracias para el imperio de los francos. Judit, segunda esposa de Ludovico, anuló la repartición que éste había he-

cho entre los hijos del primer matrimonio, para dar Aquitania, Suabia y Borgoña á Carlos, hijo de esta segunda emperatríz. Desatóse, en consecuencia, una prolongada guerra civil entre Ludovico y sus hijos Lotario, Luis y Pepino, durante la cual fué el primero destronado varias veces, y después de muchos acomodamientos que se rompían con tanta facilidad como se concertaban, murió el degenerado hijo de Carlomagno (840), dejando al imperio sumido en una espantosa anarquía.

Desmembración del imperio (843).—La guerra civil continuó después de la muerte de Ludovico el Pio: sus hijos Luis y Carlos se ligaron contra el primogénito Lotario que pretendía ejercer el mando en todo el imperio con exclusión de aquellos. Esta contienda se decidió en la batalla de Fontenay [Junio de 841], choque reñido y sangriento en que perecieron sesenta mil hombres de ambas partes, quedando Lotario completamente derrotado y viéndose en la necesidad de huir hacia el Oriente del imperio. Los dos hermanos vencedores se reunieron al año siguiente en Estrasburgo, donde renovaron su juramento de alianza en sus idiomas respectivos (el francés y el alemán), para que pudiese ser entendido de los dos ejércitos á la vez.

El deseo de paz era general en el imperio, y esto obligó á los tres hermanos á juntarse en Verdun y ajustar un tratado [843] en el que se desmembró la monarquía de Carlomagno. Lotario, Luis y Carlos se repartieron entre sí los vastos dominios que habían formado el imperio franco, de la manera siguiente:

El primero conservó la dignidad que desde la muerte de su padre se había arrogado, y como dominios propios Italia y los países situados entre el Rhin, el Escalda, el Saona, el Mosa, el Ródano y los Alpes, formando un territorio largo y angosto que se extendía desde el Sur de Italia hasta las costas del Mar del Norte, estrechado entre las posesiones respectivas de Luis y de Carlos. Los estados de Lotario fueron llamados *Lotaringios*, y de esta denominación se derivó la de *Lorena*, aplicada luego á una parte de ellos.

Luis, apellidado después el *Germánico*, recibió toda la Germania, las diócesis de Worms, Espira y Maguncia, situadas á la izquierda del Rhin.

Carlos, por último, fué reconocido rey del antiguo territorio que se extendía desde el Escalda, el Saona y el Ródano hasta los Pirineos, y de la *Marca* de España.

Carlos el Calvo; origen de la Francia moderna (840—877).—Con el más joven de los hijos de Ludovico Pio, Carlos el *Calvo*, á quien tocaron las antiguas Galias, según acabamos de decir, comienza la larga serie de los reyes verdaderamente franceses. El tratado de Verdun, y luego el de Meersen, fijaron los límites de las diversas nacionalidades que habían formado el imperio carlovingio, y cada una de ellas se desenvolvió y manifestó como organismo político particular. *Francia* fué, pues, una desmembración de aquel imperio, y en la época de Carlos el *Calvo*, cuyo reinado debe comenzar á contarse desde 840, esa nación empezó á figurar con caracteres y elementos propios entre los que tiene de enumerarse como muy importante el idioma francés, derivado del latín, en tanto que los francos del Oriente usaban de la lengua germánica. Carlos el *Calvo* fué un monarca desleal, intrigante, ambicioso y sanguinario que unido á su hermano Luis el *Germánico*, primer rey alemán, se apoderó de los estados del primogénito Lotario, á la muerte de los hijos de éste. En 875 recibió de manos del papa Juan VIII la corona imperial, y tal distinción le atrajo la aversión de su hermano Luis el *Germánico* que le hizo la guerra hasta el año 867, en que murió. Carlos el *Calvo* falleció á su vez en 877, y en los últimos años de su reinado los *normandos* invadieron la Francia, y el feudalismo se desarrolló poderosísimo menoscabando sensiblemente el poder del monarca.

Reyes de Francia desde la muerte de Carlos el Calvo hasta fines del siglo 9.° (877—898).—Luis II el *Tartamudo*, hijo y sucesor inmediato de Carlos el *Calvo* como soberano de Francia, sólo reinó dos años (877—879), sucediéndole su hijo Luis III (879—882) que alcanzó en Saucourt una brillante victoria sobre los temidos normandos. Efímero fué también el reinado de Carlomán, su hermano (882—884), y á continuación Carlos el *Gordo*, hijo de Luis

el *Germánico*, y que desde 881 era emperador y soberano de Alemania, fué elegido rey por los magnates de Francia.

Carlos gobernó cuatro años [884—888], y como al subir al trono ya empuñaba el cetro de Alemania y tenía el título de emperador que le fué concedido por el papa Juan VIII, pudiera decirse que fué el descendiente de Carlomagno en cuyas manos se reunió el poder de su ilustre antepasado. La cobardía é ineptitud de que dió sobradas muestras obligaron á sus súbditos á desconocerle y mientras los alemanes alzaban por rey suyo á Arnulfo de Carintia, miembro de la familia *carlovingia*, los franceses eligieron monarca al conde Eudo que había defendido valientemente á París contra los ataques de los normandos. La deposición de Carlos el *Gordo* se efectuó poco antes de su muerte, acaecida en 888. Eudo reinó poco más de diez años (887—898).

En esta época turbulenta, la gran mitad oriental del antiguo imperio de Carlomagno, ó sea Alemania, sufrió también violentas conmociones. Fijados sus límites por el tratado de Verdun, hemos dicho ya que Luis el *Germánico* fué propiamente su primer monarca, el cual engrandeció sus dominios con los que arrebató á los hijos de su hermano Lotario. Carlos el *Gordo* fué soberano de Alemania lo mismo que de Francia (882—887), y Arnulfo de Carintia fué elegido rey por los magnates alemanes (888) y consagrado emperador por el papa Formoso en 896. Tres años después, (Diciembre de 899) murió Arnulfo en Ratisbona dejando por heredero á su hijo Luis IV el *Niño* (899—911). En Italia reinaron sucesivamente desde 888 hasta 909, Guido de Espoleto, Berengario y Lamberto.

EL FEUDALISMO.

Orígenes del Feudalismo—Bajo el gobierno de Carlos el *Calvo* se desarrolló el *feudalismo* en la extensa comarca oriental de los francos (Francia), aumentándose á tal grado el poder de los grandes vasallos que la autoridad del rey quedó postergada y sólo se extendió á las escasos territorios, cada día más reducidos, que estaban directamente administrados por la corona. Este es, por lo tanto, el lugar oportuno para hablar de este modo de ser político y social que se implantó en el Occidente con las invasiones de los Bárbaros, subsistente en toda la Edad media, y cuyas vacilantes reliquias se desvanecieron al potente y benéfico soplo de la revolución francesa, dentro de los tiempos modernos.

Para hallar los orígenes del feudalismo preciso es remontarse a los usos y costumbres de los germanos, quienes tenían establecido que todo jefe de hombres libres que se ponía á las órdenes de un general para salir con él á expediciones lejanas, quedaba íntimamente ligado al segundo. Cuando los Bárbaros conquistaron el imperio romano de Occidente, muchas de las tierras ganadas á costa de la sangre de todos fueron consideradas comunes, y divididas entre los jefes de las bandas, cada uno de los cuales repartió á sus compañeros y subordinados algunas porciones para que las disfrutasen, quedando estos así agregados á la tierra y al señor de quien la recibían. Otros jefes permanecieron al lado de sus señores, sin recibir nada de ellos; pero á medida que el genio belicoso y vagabundo cedía al de la estabilidad y la posesión, pedían una recompensa, y los grandes propietarios señalaban á sus fieles algún terreno bajo tal concepto. Así la palabra *feudo*-derivada según unos del latín, y según otros del alemán—significó la posesión conferida por un alto señor en premio de servicios hechos y con cargo de otros nuevos, como el de auxiliarle en las guerras que emprendiese.

Muchos de los habitantes de los países invadidos, ó pobres ó despojados de sus bienes, se dedicaron á cultivar un terreno ó una comarca antes estéril, y para tener una protección se ponían bajo la dependencia de un poderoso vecino. Presentábanle una rama de sus bosques ó un terrón de su prado, y con este signo simbólico le recomendaban su propiedad (*alodio*) á fin de que la defendiese, y principalmente á las iglesias, para hacer más sagrado su derecho y eximirse de tributos. La primera obligación de cada jefe era la de proveer de guerreros al ejército real, y señalaba parte de sus terrenos á varios individuos, con el pacto de armar y alimentar cada uno un cierto número de hombres. Estos vasallos, á su vez, subdividían la propiedad y la obligación, concediendo aquella é imponiendo ésta á otros, y así se formaba una larga cadena de dependencias.

Esencia del Feudalismo.—Establecidos ya los orígenes de esa institución podemos definir su esencia con un historiador moderno: "La esencia del feudalismo es la estrecha conexión del vasallo con su señor, hasta el punto de identificarse con él: ningún vínculo le enlaza con el príncipe ni con la nación: sólo vé y conoce á su señor inmediato; á él presta sus servicios; de él reclama protección y justicia; únicamente recibe órdenes de su autoridad. No obtiene justicia de sus vecinos, súbditos de otro, sino porque es en cierto modo cosa de su señor, en provecho del cual redundan los honores y las ventajas del súbdito feudal; suya es la alabanza y la censura, y el súbdito no es hombre, sino en cuanto se le considera miembro del cuerpo que se llama feudo." El que confería el feudo se llamaba *señor*: el beneficiado *junior* ó bien *miles*, como obligado al servicio militar; pero ordinariamente al beneficiado directo se daba el nombre

de *vaso* á *vasallo*; y á los sub-beneficiados el de *valvasores*, de quienes dependían los *valvasinos*. "Como en las progresiones matemáticas—dice el historiador an-
" tes citado—cada término es antecedente y consiguiente, así en ésta cada indi-
" viduo era al mismo tiempo señor y vasallo; poseía feudos de índole y de gra-
" vámenes distintos, si bien no se consideraba obligado sino respecto de aquel
" de quien inmediatamente dependía. Muchos reyes se hicieron vasallos de la San-
" ta Sede, y á veces dos dinastías eran alternativamente señor y vasallo una de
" otra." La opresión del pueblo fué una de las inmediatas consecuencias de la institución feudal: los siervos, adheridos á la tierra que regaban con el sudor de su frente, fueron considerados también como propiedad del señor, estaban sometidos á su jurisdicción y padecían los caprichos y extorsiones á que éste los sujetaba como si fueran cosas de su propiedad.

Predominio del feudalismo sobre la monarquía.—En esta larga cadena de dependencias que ascendía desde el siervo hasta el rey, quedaba éste sin ningún poder sobre el pueblo; era solamente el propietario de los feudos por él conferidos, y no disponía como soberano sino de sus vasallos inmediatos. Los demás le servían por tiempo determinado, dejaban las filas al espirar el plazo convenido, y volvían á asumir su independencia. Los bienes de la corona, el producto de las regalías y los bienes patrimoniales formaban la hacienda del rey y debían bastarle en tiempo de paz; en el de guerra, los vasallos estaban obligados á ciertas prestaciones determinadas é invariables, y cada uno mantenía á sus hombres de armas. Los *barones*, casi independientes del rey, y á quien igualaban y vencían en fuerza, atrajeron á sí las demás regalías, explotaron las minas en sus tierras, impusieron peajes á los que por éstas transitaban, y en Francia tuvieron el derecho de acuñar moneda, de modo que á la caída de los *carlovingios*, en el último tercio del siglo 10°., circulaban en esa nación ciento cincuenta clases de dineros. Además, los feudatarios sustituyeron la unidad de gobierno por el espíritu de localidad que los transformó en pequeños propietarios, y lograron que en todas las relaciones sociales sucediese la idea de localidad y de territorio á la de nación y al sentimiento de patria.

La época de Carlos el *Calvo* se señaló por el mayor desarrollo del feudalismo—según hemos dicho al principio de este capítulo—y en su tiempo, ciertos altos empleados cuyos títulos significaban primitivamente las funciones que ejercían, hicieron de esas denominaciones verdaderos títulos nobiliarios que transmitieron por herencia á sus descendientes.

En su origen los *duques* fueron los gobernadores de las provincias que hacían cumplir las órdenes del soberano, cobraban los impuestos y mandaban á los hom-

bres de armas, gozando en cambio, y á manera de sueldo, de las rentas de los dominios en que ejercían su autoridad. Los *condes*, subordinados á los duques, administraban justicia en las ciudades ó diócesis que se les confiaba, cobraban las gabelas y tenían bajo sus órdenes á los guerreros de su circunscripción. A los que gobernaban comarcas fronterizas (*marcas*) se les llamó *margraves*, de donde se derivó la palabra *marqueses*. Todos esos altos funcionarios ensancharon su poder y atribuciones en la época de los reyes *merovingios*; Pepino confirmó sus usurpaciones, y Carlos el *Calvo* en su capitular de Kierzy (877) autorizó la transmisión hereditaria de los ducados y condados, los cuales se transformaron en poderosos feudos que tuvieron bajo su dependencia á los antiguos, de que eran propietarios los temibles *barones*. No pagaban tributos, ni se veían obligados á admitir la composición por las ofensas recibidas, vengándolas con la guerra privada que podían hacer hasta á su soberano.

El feudalismo se extendió en Francia, gran parte de Alemania é Italia, y á fines del siglo 11º lo transplantaron en Inglaterra los conquistadores *normandos*. En cada uno de esos países varió en las formas, pero insensiblemente en su fondo y esencia.

La sociedad feudal.—La misma índole del feudalismo que al ligar por medio del terreno á las personas excluía la idea de patria; los infinitos intereses que creó, rivales entre sí; y las invasiones de pueblos extraños en todas las comarcas donde se había establecido la raza germánica, tales como los *normandos*, los *sarracenos* y los *húngaros*, debían imprimir un modo de ser especial á la sociedad de aquel tiempo, y en efecto, en esa época de tantos desórdenes y de la guerra de todos contra todos, la tendencia á aislarse no era sino el efecto de la situación en que respectivamente se colocaron los feudales. El castillo fué entonces el centro de la energía y de la actividad feudal, y el medio en que se desarrolló la existencia de varias generaciones, dominadoras en el centro y en gran parte del Occidente de Europa.

Alzáronse, pues, en esa vasta región innumerables fortalezas de las que cada una fué una amenaza para los vecinos y un atentado contra las prerogativas y el poder de los reyes; uniéronse en ellas la naturaleza y el arte para hacerlas inaccesibles á los enemigos, y á ejemplo de los orgullosos barones fortificó el clero las iglesias y los conventos.

" Como el águila en su nido—dice un ilustre historiador—vivía en su casti-
" llo el feudatario aislado de todos los que no estaban bajo su dependencia, sin
" modificar al resto de la sociedad, ni ser modificado por ella. El pueblo que ha-
" bitaba alrededor de él no era su sangre como en el patriarcado, no se compo-